

CUEVA, JUAN DE LA (1543-1612)

*EPÍSTOLAS*

ÍNDICE:

ESPÍSTOLA I  
ESPÍSTOLA II  
ESPÍSTOLA III

EPÍSTOLA I

Sobre el ingenio y arte disputaron  
Palas y el fiero hijo de la Muerte  
a quien del cielo por odioso echaron.

La sabia diosa su razón convierte  
en decir que el ingenio sin el arte  
es ingenio sin arte cuando acierte.

De estas dos causas seguiré la parte  
por do el ingenio inspira, el arte adiestra  
sin que de su propósito me aparte.

Si admite la deidad sagrada vuestra,  
Fébeas cultoras de Helicón divino,  
comunicarse a la bajeza nuestra.

Y adiestrándome vos por el camino  
de la vulgar rudeza desviado,  
a su brutez profana siempre indino,

llegaré al punto en que veréis cantado  
lo que el Arte al ingenio perfecciona,  
y de quien es, si ha de acertar, guiado.

Sujeto es que repuna y abandona  
de la mortal graveza la ignorancia,  
y con puros espíritus razona.

Entre ellos hace dulce consonancia,

de quien recibe el numeroso acento  
que lo adorna de afectos, y elegancia.

Vos a quien Febo Apolo da su asiento  
y las Musas celebran en su canto  
y el vuestro escuchan con discurso atento;

en mi temor que dificulta tanto  
la extraña empresa, y me promete cierto,  
la caída en el vuelo que levanto:

por este perturbado mar incierto  
nafragando mi nave va a buscaros,  
pues sois mi norte, a que seáis su puerto.

No va cargada -gran Fernando- a daros  
ricas piedras de Oriente, ni preciosos  
aromas, con que pueda regalaros.

Dones son los que os lleva más gloriosos,  
de más estima, y de mayor riqueza  
para la eternidad más poderosos.

De esta segura suerte la grandeza  
se adquiere con los números, que el vuelo  
cortan al tiempo en su mortal presteza.

Estos, son los que igualan con el cielo  
los nombres, y así deben adornarse  
con esplendor cual su lustroso velo.

De muchas cosas deben apartarse,  
y otras muchas seguir precisamente  
y por ley unas y otras observarse.

El verso advierta el escritor prudente  
que ha de ser claro, fácil, numeroso  
de sonido, y espíritu excelente.

Ha de ser figurado, y copioso  
de sentencias, y libre de dicciones  
que lo hagan humilde u escabroso.

La elevación de voces y oraciones  
sublimes, muchas veces son viciosas  
y enflaquecen la fuerza a las razones.

Vanse tras las palabras sonoras  
la hinchazón del verso, y la dulzura,  
tras las sílabas llenas, y pomposas.

Entienden que está en esto la segura  
felicidad y luz de la poesía  
y que sin esto es lo demás horrura,

Si el verso consta sólo de armonía  
sonora, de razones levantadas,  
ni fuerza a más, bien siguen esa vía.

Mas si las cosas han de ser tratadas  
con puntual decoro del sujeto  
faltaran, de ese modo gobernadas.

No explica bien el alma de un conceto  
el que se va tras el galano estilo  
a la dulzura del hablar sujeto.

Ni el que del vulgo sigue el común hilo  
en término, y razones ordinarias  
cual en su ditirámica Grecilo.

Entrambas a dos cosas son contrarias  
a la buena poesía, en careciendo  
del medio, con las partes necesarias.

Caerá en el mismo yerro el que escribiendo  
puramente en lenguaje castellano  
se sale de él por escribir horrendo.

Cual ya dijo un poeta semi hispano  
el centimano Gigans que vibraba,  
que ni habló en romance, ni en romano.

Otro que de elevado se elevaba  
dijo, el sonoro son y voz de Orfeo,  
en mi espíritu interno modulaba.

Esta escabrosidad de estilo es feo,  
sin ingenio, y sin arte, que es la llave  
con que se abre el celestial museo.

Ha de ser el poeta dulce, y grave,

blando en significar sus sentimientos,  
afectuoso en ellos, y suave.

Ha de ser de sublimes pensamientos,  
vano, elegante, terso, generoso,  
puro en la lengua, y propio en los acentos.

Ha de tener ingenio y ser copioso,  
y este ingenio, con arte cultivallo,  
que no será sin ella fructuoso.

Fruto dará, mas cual conviene dallo  
no puede ser, que ingenio falto de arte  
ha de faltar si quieren apretallo.

No se puede negar que no es la parte  
más principal, y que sin arte vemos  
lo que Naturaleza le reparte.

Y aunque es verdad que algunos conocemos  
que con su ingenio sólo han merecido  
nombre, lugar común les concedemos.

Que el nombre de poeta no es debido  
sólo por hacer versos, ni el hacellos  
dará más, que el hacello conocido.

Este renombre se le debe a aquellos  
que con erudición, dotrina, y ciencia  
les dan ornato que los hacen bellos.

Vístenlos de dulzura y elocuencia,  
de varias y hermosas locuciones,  
libres de la vulgar impertinencia.

Hablan por elegantes circuciones,  
usan de las figuras convenientes  
que dan fuerza a exprimir sus intenciones.

Los poetas que fueren diligentes  
observando la lengua en su pureza  
formarán voces nuevas de otras gentes.

No a todos se concede esta grandeza  
de formar voces, sino a aquel que tiene  
excelente juicio, y agudeza.

Aquel que en los estudios se entretiene  
y alcanza a discernir con su trabajo  
lo que a la lengua es propio, y le conviene.

Cuál vocablo es común, y cuál es bajo,  
cuál voz dulce, cuál áspera, cuál dura,  
cuál camino es seguido, y cuál atajo:

Este tiene licencia en paz segura  
de componer vocablos, y este puede  
enriquecer la lengua culta y pura.

Finalmente, al que sabe, se concede  
poder en esto osar, poner la mano,  
y el que lo hace sin saber, excede.

Por este modo fué el sermón romano  
enriquecido con las voces griegas,  
y peregrinas, cual lo vemos llano.

Y si tú que lo ignoras, no te allegas  
a seguir esto, y porque a ti te admira  
lo menosprecias, y su efecto niegas,

lo propio dice el Sabio de Stagira  
a quien Horacio imita doctamente  
en dulce, numerosa y alta lira.

Si formaren dicción, es conveniente  
que sea tal de la oración el resto  
que autoridad le dé a la voz reciente.

No se descuide en la advertencia de esto,  
y en cuáles son las letras con que suenan  
bien, y con cuáles mal lo que es compuesto.

Vocablos propios muchos los condenan  
por simples, mas las voces trasladadas  
y ajenas, por dulcísimas resuenan.

Voces antiguas hacen sublimadas  
con majestad y ser las oraciones,  
si las palabras son bien inventadas.

La oración hacen grave las dicciones

inusitadas, y serás loado  
si cuerdamente ordenas, y dispones.

Una cosa encomienda más cuidado  
que en cualquiera sujeto que trates  
siga siempre el estilo comenzado.

Si fuera triste aquello que cantares  
que las palabras muestren la tristeza  
y los afectos digan los pesares.

Si de Amor celebrares la aspereza,  
la impaciencia y furor de un ciego amante,  
de la mujer la ira y la cruza:

este decoro has de llevar delante  
sin mezclar en sus rabias congojosas  
cosa que no sea de esto semejante.

Si de cosas trates deleitosas  
las razones es justo que lo sean;  
si de fieras, sean fieras y espantosas.

Acomoda el estilo que en él vean  
las cosas que trates tan al vivo  
que tu designo por verdad lo crean.

Pinta al Saturneo Júpiter esquivo  
contra el terrestre bando de Briareo  
y al soberbio Jayán, en vano altivo.

Celosa a Juno, congojoso a Orfeo,  
hermosa a Hebe, lastimada a Ino,  
a Clito bello, y sin fe a Tereo.

No estará la virtud en su divino  
trono entre el Ocio vil y Gula vana  
por ser lugar a su deidad indino.

Ni la corona sacra de Ariadna  
esmaltada de formas celestiales  
estará bien ciñendo frente humana:

estas partes son todas principales  
en el Arte, y si en ellas no se advierte  
errarán en las cosas esenciales.

Y vendrá a sucederles de la suerte  
que en la lira una cuerda destemplada  
en disonancia las demás convierte.

En la salud del hombre deseada  
una señal de muerte, en mil de vida,  
basta para que muera y sea acabada.

Si la obra en que tienes consumida  
con largo estudio, y con vigilia eterna  
la mejor parte de tu edad florida;

si abstigente de Baco, y de la tierna  
Venus, que los espíritus enciende  
y las almas destempla, y desgobierna:

Si Apolo que te inspira, la defiende  
si le faltó la parte de inventiva  
de do el alma poética depende:

no puede ufana alzar la frente altiva  
ni tú llamarte con soberbia Homero,  
si le hace la fábula que viva.

De este yerro culparon al severo  
Scalígero, y de esto anduvo falto  
en su Arte Poética el primero.

Castigo fué que vino de lo alto  
que él criticó al Obispo de Cremona  
y a él le dan por la inventiva asalto.

Así el que aspira a la Febea corona  
observe la Poética imitante  
que es la vía a la cumbre de Helicon.

Parte, ni fuerza tiene tan bastante,  
ni más vida, ni esencia, cuanto tiene  
de fábula, que en ella es lo importante.

Después de saber esto le conviene  
al pierio Poeta usar bien de ello  
como no exceda al Arte, ni disuene.

De tal modo es forzoso disponello

que nadie inore, y sea a todos claro  
sin que la oscuridad prive entendolo.

Ha de ser nuevo en la invención y raro,  
en la historia admirable, y prodigioso  
en la fábula, y fácil el reparo.

Ningún preceto hace ser forzoso  
el escribir verdad en la poesía,  
mas tenido en algunos por vicioso.

La obra principal no es la que guía  
solamente a tratar de aquella parte  
que de decir verdad no se desvía.

Mas en saber fingilla de tal arte  
que sea verisímil, y llegada  
tan a razón, que de ella no se aparte.

Nicandro en su Triaca celebrada  
dicen que no es poeta, y que Lucano  
no lo fué en su Farsalia laureada.

Históricos los llama Quintiliano  
porque tanto a la Historia se llegaron.  
Poetas a Platón y Luciano.

Estos que en sus poesías se apartaron  
de la inventiva son historiadores  
y poetas aquellos que inventaron.

No se dan del Parnaso los honores  
por solo hacer versos, aunque hagan  
más que Favonio da a los Samios flores.

Cuando se alarguen más, y satisfagan  
al común parecer, en careciendo  
de intención, con poco honor les pagan.

Así, a los que este ingenio va encendiendo  
son metrificadores, no poetas  
cual fué Empedocles que lo fué siguiendo.

Di tú, que a la invención no te sujetas  
y quieres que tu fama sea gloriosa,  
¿sin ellas, cuáles obras hay perfetas?



Di, ¿cómo será especie de otra cosa  
aquella que debajo no estuviere  
de su género? o ¿cómo provechosa?

Cuando uno o más versos escribiere  
dando poemas cada día diversos,  
no es eso, lo que en esto se requiere.

Menos hace un poeta en hacer versos,  
que en fingir, y fingiendo satisface,  
y no fingiendo cuando sean más tersos.

Así, el que escribe al modo que le aplace  
sin sujetarse a reglas ni preceptos,  
de estimación carece lo que hace.

Los versos de esta suerte más perfectos  
son oro con alquimia, o sin quilates,  
que valen, pero poco entre discretos.

No faltará quien llame disparates  
esto que voy diciendo, no entendido,  
ni tratado cual cumple que lo trates.

Y será tu razón, si en el oído  
suenan bien, si la lengua es propia y pura,  
alto el conceto, el verso bien medido.

Si de cualquier dición, común o dura,  
se aparta, y va esmaltado de sentencias  
y pone a cada paso una figura.

Si en las imitaciones, y licencias  
poéticas, se hace lo posible,  
déjenos ya estas críticas sentencias.

No tengas lo que digo por terrible,  
ni lo que tú respondes por seguro,  
ni a solo tu conceto por creíble,

Cuando tú hables en lenguaje puro,  
cuando sea tu canto levantado,  
cuando huya el vulgar y frasis duro.

¿Qué piensas tú que importa ese cuidado

si en lo que imitas perfección no guardas,  
hermosura en lenguaje, y verso ornado?

¿Qué piensas tú que importa, cuando ardas  
el corazón, y el alma, alambicando  
el cerebro, tras ver lo que no aguardas?

Si en esas obras que te vas cansando  
ni enseñas, ni deleitas, que es oficio  
de los que siguen los que vas mostrando:

luego, razón será imputarle a vicio  
al que de esto se aparta en su poesía  
aunque se sueñe a Febo el más propicio.

En otro yerro incurre el que confía  
en adornar los versos de dicciones  
graves, dulces, que hagan armonía.

Si por subir de punto las razones  
usa vocablos altos aplicados  
en tiempos diferentes, y ocasiones.

Si los que son del tierno Aleman usados  
en la dulzura de la blanda lira,  
en la trompa de Homero son cantados.

Ni bien con ellos cantarán la ira  
de Marte, ni de Amor los sentimientos  
si del curso debido se retira.

A cada estilo apliquen sus acentos  
propios, a su propósito y decoro,  
no sólo tras la voz de los concertos.

Febo se agrada y su piério coro  
que se use en la lírica ternera  
el verso dulce, fácil y sonoro.

Y por el consiguiente a la grandeza  
heroica, aplica los vocablos fieros  
con que se sinifique su fiereza.

Peregrinos vocablos, y extranjeros  
sirven a su propósito, y mezclallos  
permitido, es también con los íberos.

Mas deben con tal orden aplicallos  
que su economía y su decoro sea  
en el nuevo idioma trasladallos.

El que en este propósito desea  
alabanza, guardando los preceos  
junte al provecho aquello que recrea.

Y tome solamente los sujetos  
a que su ingenio más se aficionare  
sin que en ellos violente los efectos.

Vaya por donde el mismo le guiare  
sin torcer, ni hacelle repunancia  
que imposible será si no acertare.

El ingenio da fuerza a la elegancia  
es la fuente, y el alma a -la inventiva,  
y sin él, todo hace disonancia.

Mas importa advertir, que cuando esquiva  
un sujeto, que huyan de forzallo,  
que de acertar, formándolo, se priva.

Cual acontece al marcial caballo  
revolver rehusando la carrera  
sin poder arte o fuerza gobernallos:

Mas si el diestro jinete considera  
la causa oculta, y con mudalle el puesto  
hace lo que al apremio no hiciera.

Claro tenemos el ejemplo de esto  
en el que hizo el «Sueño» a la viuda,  
y a Venus el jardín tan deshonesto.

Que siempre fué su Musa tosca y muda,  
en no siendo lasciva y descompuesta,  
y en siendo obscena, fácil fué y aguda.

Otra Musa siguió los pasos de ésta  
y de su mala inclinación el uso  
cual en sus torpes obras manifiesta;

que ninguna de muchas que compuso

de sujetos de ingenio y regalados  
dejó de dar molestia y ser confuso;

y como fuesen versos aplicados  
a pullas, que era el centro de su ingenio,  
fué admirable y los versos extremados.

Yo conocí un poeta cuyo genio  
se aplicó siempre a varios argumentos,  
y en especial a los que el dato Ennio.

Astro no dió favor a sus intentos,  
ni jamás hizo cosa en que no viesen  
lánguidos versos, bajos pensamientos.

Y como sus amigos le advirtiesen  
del bruto estilo, y zafia compostura,  
y los propios escritos lo dijese:

echó de ver que toda su escritura  
era sin arte y llena de rudeza,  
sin medida, ni buena contextura.

Que las cosas comunes sin alteza  
en lugares sublimes colocaba,  
y las sublimes las ponía en bajeza.

Que en los sagrados épicos usaba  
conchetos ordinarios, inorando  
la majestad que en ellos demandaba.

Que nos les iba a sus escritos dando  
hermosura con flores y figuras,  
que en variedad los fuesen esmaltando.

Que las diciones ásperas y duras  
no supo corregir, y usando de ellas  
las nuevas ofuscó y dañó las puras.

Sin alcanzar, después de no entendellas,  
consistir la ecelencia a la Poesía  
en variedad de elocuciones bellas.

En esta congojosa fantasía  
su triste y laso espíritu rendido  
a mil perturbaciones le ofrecía.

Lleno de confusión, entristecido,  
rompió el silencio, levantando al Cielo  
la voz diciendo, de dolor movido:

¡Oh, tú, Deidad que el tenebroso velo  
de la caliginosa sombra ahuyentas  
con luz divina, esclareciendo el suelo.

¡Oh, tú que los espíritus alientas  
y con tu influjo celestial inspiras  
las que en tu solio y a tu lado asientas:

Y coronando de laurel sus liras,  
su gloria haces cual la tuya eterna,  
y hombres y orbes con su canto admiras.

Si el mío tu sacro espíritu gobierna,  
si en mis escritos invoqué tu nombre,  
y en la dulzura de mi Musa tierna:

dime, ¡ay de mí!, ¿por qué no hallo un hombre,  
ya que tú desdeñas de escucharme,  
que en oyendo mis versos no se asombre?

¿Dejo de trabajar, y fatigarme  
en el cómico y trágico argumento,  
y en las sátiras libres desvelarme?

¿Dejo de hacer notorio el sentimiento  
de mis ansias, en élegos llorosos,  
y en líricos suaves mí tormento?

¿Dejo de celebrar héroes famosos  
en verso heroico, a Marte consagrado,  
y en épicos, oráculos gloriosos?

Si en esto, como sabes, he gastado  
mi alegre juventud, y en alabanza  
de dioses cien mil himnos he cantado,

¿por qué permites sin hacer mudanza  
que en tan infame abatimiento vea  
de mis largos trabajos la esperanza,

y que no hay sabio ni hay vulgar que lea

mis obras, que no vuelva el rostro dellas  
el que más las alaba y lisonjea?

¿Es justo así que sufra escarnecellas?  
¿Es justo así ver yo menospreciallas?  
¿Es justo así que dejes tú ofendellas?

Si no es justo, y tú debes amparallas,  
como deidad suprema y retor suyo,  
acude, ¡oh, sacro Apolo!, a remediallas.

Acude a este sufragáneo tuyo,  
acude, Apolo, a la infelice suerte  
en que en tan triste deshonor concluyo.

Revélame algún arte con que acierte  
a hacerme estimar y ser de aquellos  
a quien tu aliento en otro ser convierte.

Ya podiste sacar alguno dellos  
de oficios viles de alquilada gente,  
y preferir los cómicos más bellos.

Y de un sueño podiste solamente  
hacer poeta al que guardaba cabras  
y que en tu coro junto a ti se asiente.

Estas no son quimeras, ni palabras;  
cosas son pregonadas y sabidas  
que en tus divinas oficinas labras.

Cosas son a ti Bolo concedidas,  
y a quien ofrezco humilde y congojoso  
estas húmidas lágrimas vertidas.

Esto diciendo, le juntó un sabroso  
sueño los blancos párpados, quedando  
a su dulzor rendido con reposo.

Y estuvo de esta suerte reposando  
lo que la oscura sombra cubrió el mundo,  
con Febo, según dijo, consultando.

Y resultó de allí, que en su profundo  
sueño, le reveló el conocimiento  
de aquello en que su ingenio era fecundo.

Sacudió el perezoso encogimiento  
que tenía sus nervios impedidos  
con la dulzura del netáreo aliento.

Revolvió sus papeles conocidos  
de tantos años, con afanes tantos  
sustentados a fuerza y defendidos.

Y dijo, ya no quiero más quebrantos  
en esta ceguedad, sirva el anillo  
de Ciges que deshaga estos encantos.

El ingenio que supo mal regillo,  
arrebatado de él, cativo y ciego  
por tantos disparates, di en seguillo;

ahora que a la sacra luz me llevo  
estas obras que hice sin seguilla,  
contra mi natural, mueran en fuego.

Sin más hablar, ¡oh, extraña maravilla!  
que un hombre así con su opinión casado  
poder tan fácilmente reducilla:

Y cuanto tenía escrito y trabajado  
por este parecer que eligió solo  
sin dejar hoja, al fuego fué entregado.

Y por acuerdo, cual decía, de Apolo  
siguió lo que en su ingenio le ditaba,  
y lo demás que le dañó, dejólo.

Y de tal modo desde allí observaba  
las leyes de su ingenio, que ninguna  
por ocasión ni fuerza traspasaba.

conociendo contraria su fortuna  
de lo que fué, huyó constantemente  
cuanto el ingenio con hastío repuna.

Dió en hacer coplas de plebeya gente  
sin majestad heroica ni artificio,  
en que su natural era ecelente.

A Séneca dejó el lloroso oficio

de la tragedia, a Plauto y a Cecilio  
de la vulgar comedia el ejercicio.

Cantar las armas remitió a Virgilio,  
al de Ascra de Dioses -y labores,  
a quien dió Apolo celestial auxilio.

La lírica dulzura y los amores  
a Horacio y a Tibulo, y al fogoso  
Juvenal murmurar vicios y honores.

Y un argumento humilde, aunque gracioso,  
eligió, que su ingenio lo dispuso,  
en que ecedió al más alto y generoso,

Libre del Caos que le traía confuso,  
cantó, en heroico plectro la ecelencia  
de la Tarasca, con ingenio infuso.

Cantó su natural y descendencia,  
el origen, la causa, el fundamento  
de hacer en Sevilla su asistencia.

Por qué sale en tal fiesta y con qué intento  
se le entregó a la gente que la tiene  
a su cargo, y dó fué su alojamiento.

Esto vistió de cuanto en sí contiene  
un heroico poema, sin faltalle  
parte de cuantas observar conviene.

De aquí nació seguille, y estimalle,  
y entre los más ilustres escritores  
la Tarascana nombre eterno dalle.

Merció conseguir estos honores  
porque siguió su ingenio y dejó aquello  
que fué ocasión de todos sus errores.

Cherillo merció de no havello  
la poca estimación, y la memoria  
que en tal abatimiento fué a ponello.

De la gloriosa Atenas la vitoria  
contra Jerjes cantó, de ingenio opreso  
y cómo, opreso así, le dió la gloria.



Tenga el poeta en la memoria impreso  
esto, y con este ejemplo no se aparte  
de lo que tengo del ingenio expreso,  
qué es la forma y la materia el Arte.

## EPÍSTOLA II

Con nueva voz y, espíritu divino  
aspirado de vos, prosigo el canto  
que de toda alabanza haréis dino.

Y entre las musas del Pierio santo  
en igual armonía el nombre vuestro  
la mía celebre, sin dudoso espanto.

Bien conozco cuán próspero y cuán diestro  
tengo el cielo en teneros de mi parte  
cual bien en mi empezada labor nuestro.

Algunos quieren que llamemos Arte  
esta que llamo epístola, y algunos  
dicen que de estos títulos se aparte.

Poético Ejemplar me dicen unos  
que se diga, y no sé cómo es posible  
no ser tales renombres importunos.

Por ellos considero, y veo visible  
vibrar la horrible lanza al pecho mío  
que a Lycambe la muerte dió terrible,

y no por eso han de hallar vacío  
en que sus vanos silogismos puedan  
caber, ni su insolente desvarío.

Que cuando a mi trabajo se concedan  
la gloria que los sabios le conceden;  
los que dejan de serlo, no lo vedan.

Ni puedes más del modo que proceden,  
que tocar en la haz con sucias heces,  
mientras los tiempos desta suerte rueden.

Y en cuanto que los rígidos jueces  
lentos de austeridad, y oscuro estilo  
de la Parca letal toman las veces.

Y aunque Minerva labre el sutil hilo  
y sea labor de su divina mano  
lo profanan y entregan a su filo.

Yo que con vuestro aliento surco ufano  
el proceloso mar de su fiereza  
donde es inútil el remedio humano.

Acudo a que me ayude la grandeza  
de vuestra excelsitud, para que cante  
de nuestro español verso la belleza.

De nuestro español verso el elegante  
método, el armonía y la dulzura  
a la griega y latina semejante.

En qué verá el que sabe de escritura  
ser capaz de admitir cuántos sujetos  
ofrece la poética letura.

Y los que fueren dotos y discretos  
halláranse en las coplas castellanas  
aptas para explicar altos concetos.

En noble antigüedad en las grecianas  
liras se halla, en el trocaico verso  
que es el nuestro, y lo propio en las romanas.

Esto es notorio en todo el universo,  
esto dicen los sabios escritores  
y esto hace y conoce el más adverso.

Esto vemos cantar de los mayores  
que su número y sílabas guardaron,  
cual hizo Anacreón y otros autores.

Los poetas modernos le aplicaron  
la consonancia propia que tenía  
en la lengua vulgar que le hallaron.

Deste género vemos cada día  
algunas coplas hechas en Italia,

faltas de su donaire y gallardía.

Que a sola España concedió Castalia  
por natural, cantar en su idioma  
liras de Marte y fuegos de Acidalia.

Y el que en el suyo fuera deste toma  
trabajo de escribir, es propiamente  
corneja, que ni es cuervo ni paloma.

A imitación del lacio diligente  
nuestros números sacros resonaron  
en la gálica lira en voz ardiente.

De amor los blandos juegos celebraron  
con más feliz espíritu que fueron  
los italos y más se levantaron.

Mas en la perfección en que pusieron  
nuestros mayores esta compostura  
a todas las naciones prefirieron.

En ninguna se halla la dulzura  
que en la nuestra, la gracia y la ternera,  
la elegancia, el donaire y hermosura.

Si aplicallo quisieres a la alteza  
heroica, cual ya hizo Juan de Mena,  
bien lo puedes fiar de su grandeza.

Si a pasiones de amor, si a llanto y pena,  
con Garci-Sánchez puedes conformarte  
cuya musa de gloria el mundo llena.

Si a fábulas quisieres aplicarte,  
a cartas, epitafios y otras cosas,  
Don Diego en él nos ha enseñado el arte.

Baltasar del Alcázar en graciosas  
epigramas lo usó, y el numeroso  
Burguillos en sus dulces y altas glosas.

El singular en gracia, el ingenioso  
Lope de Rueda, el cómico tablado  
hizo ilustre con él, y deleitoso.

El gran Pedro Mejía, el extremado  
Juan Iranzo, en las justas de los santos  
en que fué el uno y otro laureado.

En este verso celebraron tantos  
cuántos vemos en santas alabanzas  
que en las suyas resuenan hoy los cantos.

Y si la fatal suerte en sus mudanzas,  
ínclito Duque, el vuelo refrenara  
dejándonos lograr las esperanzas;

y vuestro fébeo padre se lograra  
a la tebana y a la lesbia lira,  
con la dulzura dél aventajara.

Mas a pesar de su implacable ira  
vivirá en nuestra bética ribera  
Fernando en cuanto el sol los orbes gira.

Nuestros antiguos de la edad primera  
celebraron en él sus inmortales  
proezas, sin que el nombre dellas muera.

Si estos versos acaban en vocales,  
son más dulces, más tersos y elegantes  
y apartándose de ellas no son tales.

Si dar quisieres a los consonantes  
voces agudas, puedes, conociendo  
los lugares y causas importantes.

Siempre es forzoso en ellos ir diciendo  
nuevas cosas, y nunca se consiente  
palabra ociosa el número supliendo.

La copla será buena puramente  
que en agudeza acabe o en sentencia,  
y la que no, por buena no se cuente.

No son de menos gloria y ecelencia  
los antiguos romances, donde vemos  
en el número igual correspondencia.

La antigüedad y propiedad tenemos  
de nuestra lengua en ellos conservada

y por ellos lo antiguo conocemos.

Cantar en ellos fué costumbre usada  
de los godos, los hechos gloriosos,  
y dellos fué en nosotros trasladada.

Las rapsodias que usaron los famosos  
griegos, fueron sin duda de esta suerte  
y los areitos índicos llorosos.

Con ellos se libraban de la muerte  
y la injuria del tiempo sus hazañas  
y vivía el varón loable y fuerte.

Dellos los heredaron las Españas  
casi en el mismo tiempo que cantaban  
los regujíos en todas las montañas.

La misma ley que guardan hoy guardaban  
los antiguos, usar los disonantes,  
y esto con gran veneración usaban.

Por viciosos tenían los consonantes,  
y más si eran agudas las dicciones  
y por buenas las voces más distantes.

Fueron siempre estas dos composiciones  
tenidas en España en grande estima  
hasta que entraron nuevas invenciones.

Llamo nuevas, que el número a la rima  
del grave endecasílabo, primero  
floreció, que en el Lacio, en nuestro clima.

El provenzal antiguo, el sacro ibero  
en este propio número cantaron,  
antes que dél hiciese el Arno, impero.

El Dante y el Petrarca lo ilustraron  
y otros autores y esto les debemos,  
a ellos que de nosotros lo tomaron.

La justa posesión que dél tenemos  
que a la musa de Tajo y catalana  
se atribuye, tampoco la apliquemos.

Primero fué el Marqués de Santillana  
quien le restituyó de su destierro  
y sonetos dió en lengua castellana.

He querido aclarar el ciego yerro  
en que viven aquellos que ignorando  
esto, siguen la contra yerro a yerro.

El que en ellos escribe irá notando  
la variedad de suertes que hay en ellos  
que van sujetos varios demandando.

Mas tienes de advertir en el hacellos  
que tengan once sílabas y mires  
la contextura que los hace bellos.

Y que siempre te guardes y retires  
que en agudo no acabes el acento  
Porque la una sílaba no tires.

Boscán dijo sin más conocimiento:  
«aquella reina que en la mar nació»,  
Y uso deste troncado abatimiento.

Y Garcilaso dijo y no advirtió:  
«Amor, Amor, un hábito vestí»,  
y don Diego en mil versos los usó.

Lo mesmo ahora habrá de ser de mí  
que citando los versos que dijeron  
incurro en los que siempre aborrecí.

Al verso que cortaron, e hicieron  
los agudos el número diverso  
de nueva otra advertencia le añidieron.

Que para ser cabal, ornado y terso  
no hiera en la penúltima, y al hiere  
hará de doce sílabas el verso.

De Lasso por ejemplo se refiere:  
«El río le daba dello gran noticia»,  
en que alargar el número se infiere.

«De mi muerte y tu olvido la noticia»  
dijo el Conde de Gelves, y Malara

«Donde de mis desdichas no hay noticia».

Si, con esto tu ingenio se prepara  
no te aconsejo que al cerebro apliques  
cosa de cuantas la memoria aclara.

Deja los preparados alfeñiques  
la alquermes cordial, las cornerinas;  
no te acuerdes de jugos, ni alambiques.

No estragues la virtud con medicinas  
y dietas, ni tomes de ordinario  
eleboro, anacardo y mastiquinas.

Que no hará el jugoso letuario  
que hagas buenos versos, sino el Arte,  
que es la perfecta hierba y herbolario.

Como della tu escrito no se aparte  
y te guíe el ingenio llanamente,  
puedes entre estas musas ocuparte.

El verso suelto pide diligente  
cuidado en el ornato y compostura,  
en que vicio ninguno se consiente.

Porque como la ley estrecha y dura  
del consonante no le obliga o fuerza  
con ningún atamiento, ni textura,

la elegancia y cultura en él es fuerza  
que supla la sonora consonancia  
con que el verso se ilustra y se refuerza.

Y así hará enfadosa disonancia  
si aquella parte principal no llenan  
de admiración, o cosas de importancia.

A cualquier verso lánguido condenan,  
flaco, o infelice en número o estilo,  
y del nombre de verso lo enajenan.

Siempre deben huir del común hilo,  
desviarse de bajos pensamientos,  
seguir la alteza y majestad de Esquilo.

Aplícanlos a heroicos argumentos  
cual hacen al hexámetro latino,  
no a tiernos y a llorosos sentimientos.

Esto rió el sofístico Aretino  
en su pungiente epístola a Trebacio,  
que una elegía hizo en ellos al de Urbino.

Donde se pone a disputar despacio  
a quién, a dónde y cómo han de aplicarse  
en que llenó un burlesco cartapacio.

No se pueden valer ni aprovecharse  
de licencias poéticas, ni absuelven  
vicios de impropiedad para excusarse.

Pobres son de concetos los que envuelven  
muchas historias, fábulas, sentencias,  
y en esto sus intentos se resuelven.

Llama pobreza, y llama impertinencias  
amontonar gran copia de figuras,  
aunque digan en ellas ecelencias.

Andan los que esto hacen tan a scuras  
como aplicar los élegos llorosos  
fuera de Venus, a discordias duras.

Son yerros tan impropios y viciosos  
como vestir de púrpura a los ríos  
y los reyes de cárbasos muscosos.

A éstos siguen otros desvaríos  
que en vana ostentación hacen su asiento  
de que Dios guarde los intentos míos.

Que es mostrar general conocimiento  
de antigüedad, y cosas improbables  
llevando la lección por fundamento.

Advierte, que el ser raras y agradables  
al oído, si son dificultosas  
y escondidas, no pueden ser loables.

Después de ser cansadas y enfadosas  
del modo que has oído, son pesadas,



confusas, sin provecho y enojosas.

Todas son cosas libres y excusadas  
en el noble escritor, y dinamente  
de los buenos ingenios condenadas.

Sigue en esto el decoro de prudente  
y no estimes en tanto que te alaben  
cuanto que el sabio junto a sí te asiente.

Esto sienten aquellos que bien saben,  
y esto saben aquellos que bien sienten,  
en quien Minerva y las virtudes caben.

Muchas cosas permiten y consienten  
las licencias poéticas, y veo  
muchas que no sé yo se exenten,

Y si no fuera licencioso y feo,  
ajenos yerros pregonar, yo diera  
más ejemplos que rayos da Cirreo.

Y por ventura algunos advirtiera  
que el vulgo estima y loa la inorancia  
que alguna obstinación se redujera.

Esto hace al sujeto repunancia,  
y se ve más culpable en tratar dello  
que en dejallo, aunque es justo y de importancia.

Lo que escribes importa disponello  
que al tiempo, ni al lugar, id a la persona  
falte el decoro ni al lenguaje bello.

Cuando en vulgar de España se razona  
no mezcles verso extraño, como Lasso:  
«Non essermi passato oltra la gonna».

Otro afligido en un lloroso paso  
dijo sus desventuras lamentando:  
«Debrían de la pietá romper un sasso»

Don Guillén de Casaus a don Fernando  
en muerte de doña Angela su esposa  
«In tristo humor vogli occhi consumando».

Cualquiera cosa destas es viciosa  
no la debe usar el que no quiero  
padecer la censura rigurosa.

El que verso elegíaco escribiere  
debe considerar que la grandeza  
trágica, ni la cómica, requiere.

Siga un medio entre ambas, que en la alteza  
de estilo a la tragedia no se iguale  
ni a la comedia imite en la llaneza.

Quien de estas dos proposiciones sale  
hace que mude en género de efeto,  
y los quilates no le da que vale.

En su lloroso y lamentable afecto  
en sentimientos tristes y afliciones,  
en miserias de amor, en llanto, aprieto,

en quejas y afligidas narraciones,  
en congojosas iras y gemidos  
se aplican en las trágicas acciones.

En las comedias pueden ser oídos  
entre el celo rabioso y la mudanza  
de la astuta ramera a sus rendidos.

En alegres favores de privanza,  
en fríos desdenes, en astucias viles  
de siervo, o en afetos de venganza.

Sin que trates de Alcestes ni de Aquiles  
en el sublime estilo, ni lo abatas  
a Sosia, o Davo, en condición serviles.

Las voces deste verso han de ser gratas  
al oído, no duras ni afetadas  
ni ajenas de la elegia de que tratas.

Han de ser las elegias lastimadas,  
blandas, tiernas, suaves, tersas, claras,  
sin ser de historia o fábula ofuscadas.

Si por descuido en esto no reparas  
no le das a la elegia lo que debes

y le quitas el ser, y tú disparas.

Y pues tratamos della, porque lleves  
más entera noticia y puedas dallas  
no así, cual piensan, con razones leves.

Has de saber que en la elegía se halla  
que abraza el verso lírico, y el blando  
epigrama, do puedes procuralla.

Mas advierte que yéndola buscando  
hallarás conocida diferencia,  
aunque a la una y otra esté abrazando.

De su esplendor consiste la ecelencia  
en la estrechez del consonante asido  
a la tercera rima en asistencia.

El decoro guardando que has oído  
hará florida, ilustre y agradable  
la elegía, y a tu nombre esclarecido.

Dejando ya el estilo lamentable  
al misivo la pluma enderecemos  
que no es menos difícil que loable.

Y lo primero que advertir debemos  
que la epístola abunda de argumentos  
varios, donde ampliamente la ocupemos.

Sirve para amorosos sentimientos  
casi como la elegía, si levanta  
más el estilo, voz y pensamiento.

Cosas en ella de placer se canta,  
sucesos en viajes dilatados  
y a varias digresiones se adelanta.

Son a chacota y mofas dedicados  
los versos della y pueden si agradare  
ser en mordientes sátiras usados.

Ha de tener quien della se encargare  
fácil dispusición, copiosa vena,  
ingenio que ni inore ni repare.

De imitaciones vaya siempre llena  
puestas en su lugar precisamente,  
que de otra suerte es tanto que disuena.

Dicen si van en parte diferente  
que son puertas sacadas de su quicio  
que ni adornan, ni sirven a la gente.

Pocos advierten de excusar un vicio  
cometido de muchos escritores  
que se alzan con todo este ejercicio.

Y sin que se censuren son censores  
de fáciles descuidos y usan ellos  
epítetos y frasis de oradores.

De quien se dice, y bien, que el no entendellos  
hace esa micelánea, y no es tan leve  
que haya dispensación para absolvellos.

El propio nombre inoro que se debe  
al que el que ajenas obras conocidas  
de otros autores aplicarse atreve.

Y con dos o tres sílabas movidas,  
y una dición de su lugar trocada  
las da en su nombre para ser leídas.

El que esto hace, y no repara en nada  
y de ajenos trabajos se aprovecha  
hace lo que la esponja en agua echada;

que tomada en la mano, si se estrecha  
da el humor propio que tenía cogido  
sin dar cosa, aunque da, de su cosecha.

Al que de oficio tiene estar rendido  
a hurtar el conceto, o pensamiento,  
o el verso ya del otro referido,

le sucede de modo que al hambriento  
que come lo contrario y lo dañoso  
a su salud, aunque le dé contento.

Que en comiéndolo queda muy gustoso  
saboreando el gusto al apetito,

sin entender que hay más que aquel reposo.

Así, el que hurta del ajeno escrito,  
aunque luego le agrada y le recrea,  
le ofende al noble honor tan vil delito.

Hace que el vulgo libremente vea  
su cortedad de ingenio, y manifieste  
por suya aquella obcenidad tan fea.

Y justamente hace que le cueste  
las plumas que le quiten y la fama,  
sin que remedio a reparalle preste.

Dios libre a mis amigos desta llama,  
y a los demás a gracia reducidos  
vayan por donde la razón los llama.

Tres modos hay por donde son regidos  
los que en ajenas obras ponen mano  
y son con fuertes leyes compelidos.

Unos imitan del sermón romano,  
otros hurtan, y otros puramente  
traducen de otra lengua en castellano.

La imitación en tiempo conveniente  
es lícita, y licencia permitida  
al ingenio más alto y ecelente.

Si es de idioma ajeno deducida  
en el nuestro, o imitándola en concreto,  
o siendo a su propósito vestida.

Puede el más doto y puede el más discreto  
en sus obras usar de imitaciones,  
entre sabios tenidas por preceto.

Del hurtar, sin que usemos de razones  
que de nuevo lo aclaren, están claras  
del uso dél las bajas condiciones.

Y a sí tú, que lo sigues y lo amparas  
con adoptiva musa, que alimenta  
la vana ostentación con que la aclaras,

mira que ese furor icareo intenta  
en ese vuelo tu mortal ruina  
y abatimiento, en vez de honrosa cuenta.

Es el modo tercero la divina  
traducción, tan difícil cuan gloriosa  
al que observa el decoro a su doctrina.

Su ley es inviolable, y religiosa,  
tratada con lealtad y verdad pura,  
que ni pueden quitar ni añadir cosa.

Una ececión mitiga esta ley dura  
que obliga al que traduce, aunque se aparte  
de la letra, siguiendo su escritura,

a conservar y aun mejorar con arte  
la grandeza, primor y la ecelencia,  
original, sin ofender la parte.

También se le concede por licencia  
que no se obligue a voz ni a consonancia,  
sino al conecto, al número y sentencia.

Al espíritu, frases y elegancia  
y propiedad de lengua, levantando  
el estilo en las partes de importancia.

Desto los arquetipos desgustando  
promulgan una ley precisa y justa  
al imitante con rigor mandando:

que si Leusin de imitaciones gusta  
no adjudique por suyo lo imitado,  
pues no dispensa tal la ley augusta.

Y danles mandamiento rubricado  
de Apolo, a Colindón, y a Magancino,  
poéticos malsines del juzgado,

que vayan cada cual por su camino,  
y al que no les hiciera manifiesto:  
ejecuten la ley del descamino.

Mudando ya deste discurso puesto,  
vuelvo al final propósito que sigo

temiendo en tantas burlas ser molesto.

Y entre las cosas de importancia digo  
que use el poeta cándidas razones  
si aceto quiere ser, y a Febo amigo,

que el concurso de hórridas diciones  
huya, y evite encuentro de vocales  
que sonar hacen mal las oraciones.

Los poetas que aspiran a inmortales  
condenan el echar a un sustantivo  
tres adjetivos, aunque sean iguales.

Cual el que dijo, en un dolor esquivo:  
«Amor cruel, indómito, tirano,  
por quien en muerte acerba y cruda vivo».

Otro dijo: mi mal ha hecho ufano  
«la dulce, alegre y fresca primavera,  
con hoja, flor y fruto soberano».

Otro dijo: «¡Ay, Amor, qué hay en tu esfera  
sulfúreo ardiente, horrible, eterno fuego  
donde mis ansias crecen sin que muera!»

Al censor de estos términos me llego,  
y así se lo aconsejo a cualquier hombre,  
y si fuere mi amigo se lo ruego,

que de ellos huya, y que también se asombre  
como de ver fantasmas, por vicioso,  
el gerundio poner jamás por nombre.

No faltará un sofista curioso  
que desentrañe a Servio y a Donato  
y diga que el gerundio es poderoso

a levantar el verso, y darle ornato,  
y que lo hace grave, concluyendo  
que sin razón lo infamo y lo maltrato.

Y habrá mil apoetados que leyendo  
esto dirán que son triviales cosas  
y que las pueden enseñar durmiendo.

Que tienen mil autores y mil glosas  
de donde las tomé y queriendo vello  
no verán maravillas milagrosas.

Que dellos sabrán esto sin sabello,  
y que dellos dirán en sus corrillos  
que dellos puede Apolo, desprendello,

que dellos inflamando los carrillos  
los llenarán cual Bóreas de aire vano  
que al Pindo aun sea difícil resistillos.

Y a la cordura dándole de mano  
darán voces diciendo ciegamente:  
«Cuanto ha dicho está escrito en castellano.

Ya sabemos el río desta fuente  
que es donde el cisne se baño de Apolo  
con que se fertiliza su corriente».

Al que supiere le respondo sólo  
por sólo responder, no respondiando  
a los que Esgueva hacen a Pactolo.

Y estoy de su metáfora riendo  
dina por cierto del nativo tronco  
que va musas y grajas revolviendo.

Y aplican a este coro un cisne ronco  
sin ver que la dulzura de su canto  
es graznar en estilo zafio y bronco.

Si me atrevo a hablar y hablo tanto,  
es porque los poetísimos entiendan  
que no es para aquí cisne tan maganto.

Y si sus ojos con estambre vendan,  
que es a lo jumental, conozcan desto  
que otros métodos hay de donde aprendan.

De los primeros tiene Horacio el puesto  
en números y estilo soberano  
cual en su Arte al mundo es manifiesto.

Scalígero hace el paso llano  
con general enseñamiento y guía;



lo mismo el doto Cintio y Biperano.

Maranta es ejemplar de la poesía,  
Vida el norte, Pontano el ornamento,  
la luz Minturno, cual el sol del día.

Estos, y otros con divino aliento,  
enseñen lo que el cisne no ha cantado  
ni le pudo pasar por pensamiento.

Y habiendo de esto tanta copia dado  
que llenar pueden dello mil Parnasos  
y a Febo laurear con lo enseñado,

Acuden todos a colmar sus vasos  
al oceano sacro de Stagira  
donde se afirman los dudosos pasos,  
se eterniza la trompa y tierna lira.

### EPÍSTOLA III

Voces me da el temor de mi osadía  
que remita tan célebre sujeto  
al autor sacro de la luz del día.

Tiéneme en esto la razón sujeto  
con los ejemplos que me trae delante  
que testimonio dan de mi defeto.

Que no fué tanto el amador constante  
oponerse al stigio y duro encuentro  
y enternecer el muro de diamante:

ni entrar Alcides al tartáreo centro,  
ligar el can, quitar de la cadena  
el amigo, que opreso tenían dentro;

cuánto mi Musa de temores llena  
emprender cosa que el poder humano  
repuna, y el divino le condena.

Mas este miedo vergonzoso allano,  
gran Señor, con teneros de mi parte  
y el premio espero conseguir ufano.

Y en los versos que ahora ofrece el Arte  
del cómico, y bucólico, y el claro  
trágico, igual al épico de Marte.

Con tan felice y tan seguro amparo  
bien puedo proseguir, sin que me impida,  
el cobarde temor del vulgo avaro.

Es preceto por ley establecida  
que hable pura, casta y propiamente  
el poeta, y en lengua conocida.

Que no mezcle vocablo diferente  
con mudar letras, o añadir diciones,  
sino cual pide el Arte, y, se consiente.

Sea griego, o latino, o de naciones  
bárbaras, aplicado y bien dispuesto  
es usado de célebres varones.

Mas no se entiende que ha de ser compuesto  
de esclavón y germano, y mixturado  
de aquella suerte en otra lengua puesto.

Esto, del modo que ha de ser usado  
con la decencia y culto que conviene  
en otra parte queda ya tratado.

Y en esta digo es justo se condene  
el que corrompe voces naturales  
cual hizo Aldricio así escribiendo a Irene:

«Eres oficinaria de mis males,  
indómita, crüel, lisonginosa,  
de corruscantes ojos penetrales.»

Otro dijo en un ansía congojosa:  
«ay me, que por estar alonjinada  
manipulando estoy mi faz llorosa.»

Otro al de Gelves, «en la fuerte espada  
ecedes al más ínclito herostano»,  
de Heros, ved si hay voz tan mal formada.

De suerte, que hablando en castellano

si de extranjera voz se aprovecharen  
no huyendo lo impuro es ser profano.

A los que desta el paso desviaren  
van caminando a ser reprehendidos.  
y a despeñarse cuando bien se amparen.

De dos archipoetas conocidos  
una murmuración oí a un poeta  
(porque usaban vocablos ascondidos.

Sclopetum llamaban la escopeta,  
estapeda decían al estribo,  
famélica curante a la dieta.

Al maldiciente le decían cancivo,  
a la casa común de la vil gente  
público alojamiento del festivo.

Carnes prívium, llamaban comúnmente  
a las carnestolendas, y así usaban  
de aquesta afectación impertinente.

A los propios vi un día que negaban  
la diferencia en todos los sujetos  
y unas voces al alto y bajo daban.

Al épico y al cómico en concetos  
hacían iguales, y reían negando  
el arte, y despreciaban los precetos.

Cual el vulgar sacrílego inorando,  
con brutez, de las armas la destreza  
y su infalible afeto no alcanzando,

aplica el buen suceso a la presteza,  
o a la determinada confianza,  
negando del preceto la certeza.

de modo, que por esta semejanza  
al fuerte Sayas se opondrá Segura  
y el vulgar diestro al único Carranza.

Esto es ajeno todo de cordura  
sin proporción, ni buen conocimiento  
hacer tan ciega y bárbara mixtura.

Y si no me llevara el pensamiento  
arreatado a empresa de más gloria  
no dejara indiciso este argumento.

Mas volviendo al discurso y la memoria  
de las composiciones, se me ofrece  
la que ilustra la fábula y la historia.

Esta es la rima otava en quien florece  
la heroica alteza y épica ecelencia,  
y en dulzura a la lírica engrandece.

Hácense con alguna diferencia  
respondiendo las voces terminadas  
con variación distinta en su cadencia.

Mas en poema, aquellas son usadas  
en que el Bocacio su Teseida canta  
de quien primero fueron inventadas.

En variar sujetos se adelanta  
a cuantas composturas hoy tenemos,  
y en estilo se abaja, o se levanta.

No desdeña que en cuentos la apliquemos  
ni en comedias en largas narraciones,  
ni en las tragedias tristes della usemos.

En glorias amorosas, en pasiones,  
en burlas, veras, mofas, risa, llanto,  
elogios, epitafios, descripciones:

a todo se acomoda, y en su canto  
parece bien, guardando propiamente  
el decoro, que en ella importa tanto.

Dureza de diciones no consiente  
ni letras que le causen aspereza  
ni del verso detengan la corriente.

Pide soltura, y quiere la presteza  
en el decir, sin que le ocupe cosa;  
hermosura en los versos y pureza.

No guarda ley en acabar forzosa,

cuando quiere, y del modo que le agrada,  
puede con facultad licenciosa.

Esta licencia no será otorgada  
al soneto, que es lícito y no puede  
alterar de su cuenta limitada.

Y cuando en esto alguna vez ecede,  
y aumenta versos, es en el burlesco,  
que en otros, ni aun burlando se concede.

Esto usó con donaire truhanesco  
el Bernia, y por su ejemplo ha sido usado  
este épodo, o cola, que aborrezco.

Sólo en aquel sujeto es otorgado,  
mas en soneto grave, o amoroso,  
por sacrílego insulto es detestado.

Tiénesse de tratar con generoso  
espíritu, y huir que en él se hallo  
dición humilde, ni vocablo ocioso.

Con armonía tienes de adornalle,  
en las rimas con gracia y hermosura,  
toda pureza y, elegancia dalle.

Huir de toda oscuridad procura,  
y de escrebir de modo diferente  
que se habla, y hablar en lengua puro.

Usar licencia en él no se consiente  
ni cosa alguna que al oír ofenda,  
ni, a los números sea desconveniente.

Entre algunos poetas hay contienda  
sobre si el verso puede o no cortarse,  
y hay quien nos diga en contra y quien defienda.

Y tantos pareceres oigo darse,  
con tanta variedad, y diferencia,  
que hay duda a cuál huir, o a cuál llegarse.

Y tengo por vulgar impertinencia  
no hacello, y hacello con exceso  
condenaré, si vale mi sentencia.

Así, el que se desvela y trata en eso  
y del Ruscelli observa los preceptos,  
que sobre el caso escribe un gran proceso:

Guardando la ecelencia a los sonetos,  
el debido candor, y exornaciones  
a la dispusición de los concetos:

no se ate a seguir observaciones  
que el uso,,y natural le irán mostrando,  
y de dotos escritos las lecciones.

Desta incisión por ley van condenando  
al que en el primer verso en los cuarteles  
o en los tercetos della fuere usando.

Y condénanlo a penas tan crueles  
que como a heresiarca lo relajan  
los acroes del señor de los laureles.

Por este modo en la unión se encajan  
y del influjo apolíneo se envisten  
y al néctar dulce con acíbar cuajan.

Huyen los que este inepto coro asisten.  
siguen los que en el ménalo dichoso  
en paz sabrosa la ambición resisten.

Donde puedes quieto, y con reposo  
consonar con las musas blandamente  
y con Apolo el verso numeroso.

Y lo que el ciego Dipsas no consiente  
con rudeza, o crueldad, será admitido  
del que es menos severo y más prudente.

No estés del temor desto enflaquecido,  
ni a tu lira le niegues la sonora  
canción, de afeto y ánimo encendido.

Canta la causa en ella, y causadora  
de la ardiente pasión del ciego amante  
que el desdén ama, y la cruieza adora.

En estilo sublime y elegante,

en oración pulida y castigada  
numerosa, y de espíritu constante;

limpia, eficaz, y en voces regalada  
cual de Píndaro fué y del Lesbio Alceo,  
esta poesía mélica cantada.

Y si quieres que llegue tu deseo  
adonde aspira, que es a la dulzura  
del número, en que tantas fuerzas veo,

la suavidad le viene y la blandura  
de nunca o, pocas veces las vocales  
colidir, o juntar en su textura.

Donde en número casi son iguales  
las vocales y graves consonantes,  
dulces serán los versos y cabales.

Landísima es la L y cuando cantes  
dulzuras, usa della, y dale asiento  
que a las semivocales la adelantes.

De la R usarás cuando el violento  
euro contrasta al boreas poderoso  
con hórrido furor su movimiento.

La S al blando sueño y al sabroso  
sosiego has de aplicar, y desta suerte  
guarda el decoro a las demás cuidadoso.

Y sobre todas una cosa advierte  
que con tal armonía se concierte;  
que el concurso de sílabas que usares

que en sus colocaciones y lugares,  
regalen y deleiten los oídos,  
que es propio de poetas singulares.

Estos advertimientos entendidos  
en la ilustre canción prosigue, y mira  
que la adornes de afectos encendidos.

De toda aquella novedad que admira  
gracia, elegancia, lenidad, blandura  
y voces que consuenen en la lira.

Con advertencia singular procura  
que siempre levantada sea en concetos,  
siempre agradable, y si empre con dulzura.

Usa en ella de muchos epitetos  
que al verso dan dulzura, y hermoSean,  
y por ellos se expresan los afetos.

Los versos que los ánimos recrean  
altos, y de la plebe desviados  
les hace la perífrasis que sean.

Con ella son maníficos, y ornados  
de jocunda belleza y lozanía,  
cual deben ser en la canción usados.

Acomódase siempre esta poesía  
a variedad de números, y extiende  
a todos argumentos su armonía.

Divídese en estancias, y el que entiende  
la gravedad de su cultura bella  
con lasamiento ni durez la ofende.

Obligan al que hubiere de hacella  
que veinte versos tenga cada estanza  
no más, y nueve los menores della.

En esta ley ha habido tal mudanza  
que de cinco hasta veinte las tenemos,  
y una del Conde a veinte y tres alcanza.

Dicen que de alabanza carecemos  
si una canción hacemos a un sujeto  
y más de quince estanzas le ponemos.

Contra este ruscélico preceto  
don Pedro de Guzmán hizo al Olvido  
una canción, y traspasó el decreto.

Sin ser dél, ni sus leyes compelido  
el culto Cangas hizo en tres canciones  
la descripción de Pafo y la de Gnido.

Célebre fué y loada de varones



la del ingenioso y doto Sayas,  
sin sujetarse a lacias opiniones.

Así, letor, cuando estos pasos vayas  
no tengas miedo, que si haces esto  
desmerezcas el lauro con sus vayas,

debes anteponer a lo propuesto  
la variación de números que hacen  
venusto este poema, y bien dispuesto.

En la estanza primera como aplacen  
al gusto, o al oído en la textura  
las rimas, de aquel modo las enlacen.

Mas ha de ser, que en esta ligadura  
mudar no puedan consonancia della,  
que es detestable objeto de censura.

De versos cortos tienes de hacella  
con los endecasílabos mezclados  
que he de ser dulce la hacen alta y bella.

Faltará a la canción do son usados  
los cortos, o los largos, solamente  
quien oídos le dé desocupados.

Canción de versos cortos, no consiente  
majestad en estilo, porque aspira  
a la dulzura de ellos conveniente.

Para las consonancias de la lira  
es la de endecasílabos austera  
poco agradable, y della se retira.

Así deben tejerse de manera  
que la dulzura temple la aspereza  
y consuene la dulce con la fiera.

Quieren también que gocen desta alteza  
la sextina, y el nombre le conceden  
de canción, igualándola en pureza.

Dar a una estanza solamente pueden  
seis versos, con las voces diferentes,  
que sin ninguna trabazón proceden.

Son al fin de los versos convenientes  
dos sílabas, de nombres sustantivos  
y aquí los verbos son impertinentes.

Concetos altos, pensamientos vivos.  
Voces puras, sonoras, regaladas  
demandan, con ilustres adjetivos.

Las consonancias dellas van trabadas  
sexta y primera, quinta con segunda  
cuarta y tercera, sin que sean trocadas.

Aquella será ilustre y más jocunda  
que variare más, y más dijere,  
Y de terneza, y más conceto abunda.

Si doblar las estanzas te pluguiere  
de seis en doce, no te dan licencia  
que mudes voz ninguna que tuviere.

Es ley, que no la ecenta preminencia,  
encerrar en tres versos solamente  
a los seis consonantes sin violencia.

Esto advirtiéndolo el doto, y el prudente,  
Y el que menos noticia tiene dello  
hará lo que es forzoso y conveniente.

Bien sé que habrá quien diga sin sabello,  
después de habello visto que lo sabe  
mejor que yo he sabido disponello.

Y que el aéreo síndico en quien cabe  
la eolia toda en su porosa testa  
haya por do lo escrito no se alabe.

Pudiera darle al síndico respuesta,  
y al nosequé del coro patriarchesco,  
que tanto haber un título le cuesta.

Y preguntar si es término burlesco  
entre sacras deidades colocarse  
y a sus lados pintarse al óleo y fresco.

Si es decoro decente figurarse

en sus ideas, profanas, por divinos,  
y a divinos querer aventajarse.

Si es de espíritus puros o malos  
desanimar los justos y los sabios  
con sus calificados desatinos.

Si es de sabios llamar a todos Babios;  
y al más glorioso y de mayor estima  
siempre en su ofensa calentar los labios.

Betis se injuria desto y se lastima  
Hispalis, y ofendida pide al cielo  
los tales lance en la volcánea sima.

¿Qué irritación es ésta? o ¿cuándo suelo  
declarar tales vicios, ni ofenderme  
de lo que es plaga general del suelo?

Aquí, de mi razón pienso valerme  
que contra macedores censurantes  
sola y desnuda puede defenderme.

Si en lengua pura, y versos elegantes.  
numerosos, corrientes, tersos, puros,  
ligados con forzosos consonantes;

sin sujetarme los preceptos duros  
del Arte, mis preceptos acomodo  
no por cansados términos, ni oscuros;

y en ello tengo dicho en nuevo modo  
lo que al posible mío fué posible,  
que no en todo se puede decir todo;

¿por qué de Vulgio la infestión horrible  
ha de empavorecer mi pensamiento  
ni retraerme de él su voz risible?

Vaya adelante mi honoroso intento  
y al son ahora de la agreste Musa  
cantemos el bucólico argumento.

Cantemos en el verso que rehusa  
la alteza urbana a Ménalo agradable  
que la zampona y voz pastoral usa.

Del dios de Arcadia siempre fué loable  
la fístula y los árcades famosos  
por ella, y su alabanza perdurable.

Usáronla en sus cantos amorosos,  
en sus luchas y juegos pastorales  
entre bosques, y árboles frondosos.

En ella fué, y en verso humilde a Pales  
la custodia encargada del ganado  
de los partos, contagios y otros males.

En este verso no ha de ser cantado  
el horrible Creonte, o crudo Atreo,  
ni sujeto de Marte, o Jove airado.

Cantarán los pastores su deseo  
a su rústico Pan o a Fauno antiguo  
sin salirse de Ménalo, o Liceo;

del fértil pasto, o del seguro abrigo,  
del tiempo alegre, o desabrido invierno,  
del cierzo odioso, o de favonio amigo.

Esto ha de ser en verso humilde y tierno.  
que al sujeto sea clara semejanza,  
sin voz que deje el pastoral gobierno.

Aquel será más dino de alabanza  
que la silvestre musa ejercitare  
entre redes, apriscos y labranza.

Y si al dardo y sabueso la aplicare  
o al fugitivo amor de la escondida  
ninfa, y por él los montes lastimare,

con justa estimación será leída  
la égloga, que destos argumentos  
en ríos, prados, selvas fuere oída.

Y aunque se aplique a varios pensamientos  
porque admite sujetos diferentes  
el amatorio es fin de sus intentos.

El blanco adonde tiran las más gentes

es éste, y los antiguos que lo usaron  
lo dieron por ejemplo a los presentes.

Entre las cosas que guardar mandaron  
son, que hable el pastor con los pastores  
en aquello que sólo ejercitaron.

De la caza si fueren cazadores;  
si pescador, de nasas y garlitos;  
si labrador, del campo y sus labores.

No han de ser sus rancores infinitos  
ni sus pasiones con violento daño,  
ni amor adulterado de apetitos.

En sus rabiosos celos no haya engaño  
que administre venganza ni cruera,  
ni suceso que cuenten por extraño.

Lo que traten todo sea llaneza,  
con propiedad conforme al ejercicio  
guardando en él la erótica pureza.

Tiénese en una égloga por vicio  
que una persona vaya, y otra venga,  
aunque administren diferente oficio.

Tres personas no más quieren que tenga,  
y éstas, que sin moverse de un asiento  
digan aquello que a su fin convenga.

No quieren que se encuentre en argumento  
una con otra, y esto estrechan tanto,  
que dicen que ni en voz, ni en pensamiento.

La que en una persona en gozo o llanto  
concluye su argumento, es más gustosa,  
y la de dos, en diferente canto.

Quieren también que sea ley forzosa  
que no pase de diez el que hiciere  
églogas, y no sé el que dió en tal cosa.

Y si un auto de Apolo no exhibiere  
al eglógrafo absuelvo, porque inoro  
en qué delito incurra el que ecediere.

Esto es lo del otro cita o moro,  
que promulgó la bárbara herejía  
contra España, que ilustra el cintio coro,

diciendo que no estaba la poesía,  
del Pirineo acá, bien entendida,  
sin dar otra razón que su osadía.

Quedara esta inorancia establecida  
entre la gente, ajena de cordura;  
de invidia, y odio, y deslealtad regida.

Si Apolo que su propio honor procura  
en nuestra dota España no tuviera  
trasladado su espíritu y dulzura.

Esto diga del Tajo la ribera  
fertilizado con el sacro Lasso,  
cual del céfiro alegre primavera.

O el mantuano Dauro que el Parnaso  
con abundante vena de oro riega,  
y al Tebro y Arno les impide el paso.

Y tú ¡oh, fecundo Betis!, cuya vega  
enriqueció la sacra musa albana  
que a los confines celestiales llega.

Sed aquí el testimonio al que profana  
la española deidad, pues a la vuestra  
no se puede negar que es soberana.

Y si no fuere a mi deseo siniestra  
la inevitable suerte, y me dejare  
gozar el aura de la vida nuestra;

haré que el pensamiento desampare  
la oscura Pafo, y siga el claro Delo  
por do la amada Erato lo llevare;

y con voz libre del común recelo  
que se oirá ribombar en Elicona  
subiré, España, tu alabanza al cielo.

Y a despecho del bando que pregona

cosa tan desviada de lo cierto,  
te ornará Febo y te honrará Belona.

Y primero del orden y concierto  
faltarán los efectos naturales,  
y en dar su luz Apolo será incierto.

Pacerán juntos peces y animales  
por los montes, las aves y serpientes  
en perpetua amistad serán iguales.

Que el nombre tuyo y letras ecelentes  
borre la invidia, ni la sacra fama  
deje de celebrar de gente en gentes.

Si de ti la bucólica se ama,  
y quieres hacer églogas, conviene  
otra nueva advertencia que te llama.

Gran parte de ella de su ser contiene  
del común uso y trato la desvías,  
y el origen te enseña de do viene.

Compónense de odas y elegías;  
de coros de tragedias, y de algunas  
partes líricas, y otras poesías.

Si destas soledades te importunas,  
y ya huyendo quieres desviarte  
de las montañas, prados y lagunas,

dellas, si gustas, quiero acompañarte,  
al cómico teatro, adonde veas  
la fábula ingeniosa recitarte.

Dirás que ni la quieres ni deseas.  
que no son las comedias que hacemos  
con las que te entretienes y recreas.

Que ni a Ennio ni a Plauto conocemos,  
ni seguimos su modo ni artificio,  
ni de Nevio ni Accio lo hacemos.

Que es en nosotros un perpetuo vicio  
jamás en ellas observar las leyes  
ni en persona, ni en tiempo, ni en oficio.

Que en cualquier popular comedia hay reyes,  
y entre los reyes el sayal grosero  
con la misma igualdad que entre los bueyes.

A mí me culpan de que luí el primero  
que reyes y deidades di al tablado  
de las comedias traspasando el fuero.

Que el un acto de cinco le he quitado,  
que reducí los actos en jornadas,  
cual vemos que es en nuestro tiempo usado.

Si no te da cansancio y desagradadas  
desto, oye cuál es el fundamento  
de ser las leyes cómicas usadas.

Y no atribuyas este mudamiento  
a que faltó en España ingenio y sabios  
que prosiguieran el antiguo intento.

Mas siendo dinos de mojar los labios  
en el sacro licor aganipeo,  
que enturbian Mevios y corrompen Babios;

huyendo aquella edad del viejo ascreo  
que al cielo dió y al mundo mil deidades  
fantaseadas de él, y de Morfeo;

introducimos otras novedades,  
de los antiguos alterando el uso,  
conformes a este tiempo y calidades.

Salimos de aquel término confuso  
de aquel caos indigesto, a que obligaba  
el primero que en plática las puso.

Huimos la observancia que forzaba  
a tratar tantas cosas diferentes  
en término de un día que se daba.

Ya fueron a estas leyes obedientes  
los sevillanos cómicos, Guevara,  
Gutierre de Cetina, Cozar, Fuentes.

El ingenioso Ortiz, y aquella rara



musa, de nuestro astrífero Mejía,  
y del Menandro, bético Malara.

Otros muchos que en esta estrecha vía  
obedeciendo el uso antiguo fueron  
en dar luz a la cómica poesía.

Y aunque alcanzaron tanto, no ecedieron  
de las leyes antiguas que hallaron  
ni aun en una figura se atrevieron.

Entiéndese que entonces no mudaron  
cosa de aquella ancianidad primera  
en que los griegos la comedia usaron.

O por ser más tratable o menos fiera  
la gente, de más gusto o mejor trato,  
de más sinceridad que en nuestra era;

que la fábula fuese sin ornato,  
sin artificio, y corta de argumento,  
no la escuchaban con desdén ingrato.

El pueblo recibía muy contento  
tres personas no más en el tablado  
y a las dos solas explicar su intento.

Un gabán, un pellico y un cayado;  
un padre, una pastora, un mozo bobo,  
un siervo astuto y un leal criado.

Era lo que se usaba, sin que el robo  
de la espartana reina conociesen  
ni más que el prado ameno, el sauce o pobo.

Tuvo fin esto, y como siempre fuesen  
los ingenios creciendo y mejorando  
las artes, y las cosas se entendiesen,

fueron las de aquel tiempo desechando,  
eligiendo las propias y decentes  
que fuesen más al nuestro conformando.

Esta mudanza fué de hombres prudentes  
aplicando a las nuevas condiciones  
nuevas cosas que son las convenientes.

Considera las varias opiniones,  
los tiempos, las costumbres que nos hacen  
mudar y variar operaciones.

Estas cosas no sé si te desplacen  
por ser contra tu gusto su extrañeza  
aunque en probable ejemplo satisfacen,

Oyelas con el ánimo y pureza  
que se te ofrecen, que razones justas  
con la verdad se templa su aspereza.

Si del sujeto comenzando gustas  
y a él se inclina tu afición dichosa  
y con el mío el modo tuyo ajustas,

confesarás que fué cansada cosa  
cualquier comedia de la edad pasada,  
menos trabada y menos ingeniosa

Señala tú la más aventajada  
y no perdones griegos ni latinos  
y verás sí es razón la mía fundada.

No trato yo de sus autores dinos  
de perpetua alabanza que estos fueron  
estimados con títulos divinos.

No trato de las cosas que dijeron  
tan fecundas, y llenas de ecelencia  
que a la mortal graveza prefirieron.

Del arte, del ingenio, de la ciencia  
en que abundaron con felice copia  
no trato, pues lo dice la experiencia.

Mas la invención, la gracia y traza es propia  
a la ingeniosa fábula de España,  
no cual dicen los émulos impropia.

Cenas y actos suple la maraña  
tan intrincada, y la soltura della,  
inimitable de ninguna extraña.

Es la más abundante y la más bella

en facetos enredos y en jocosas  
burlas, que darle igual es ofendella.

En sucesos de historia son famosas,  
en monásticas vidas ecelentes,  
en afectos de amor maravillosas.

Finalmente los sabios, y prudentes  
dan a nuestras comedias la ecelencia  
en artificio y pasos diferentes.

Esto sabido, importa la advertencia  
del modo que han de ser, y a que te obliga  
el decoro que enseña la experiencia.

Y para que bien logres tu fatiga  
el argumento que siguieres sea  
nuevo, y que nadie en su vulgar lo diga.

Decir lo que otro dijo es cosa fea  
en el propio idioma, aunque se aparte,  
si deja rastro o luz por do se vea.

Con extrañeza en todo has de mostrarte  
admirable, vistiendo las figuras  
conforme al tiempo, a la edad y al arte.

Al viejo avaro, envuelto en desventuras.  
al mancebo, rabiando de celosa,  
al juglar decir mofas y locuras.

Al siervo sin lealtad, y cauteloso,  
a la dama amorosa o desabrida,  
ya con semblante alegre, ya espantoso.

A la tercera astuta y atrevida,  
al lisonjero envuelto en novedades,  
y al rufián dar cédulas de vida.

Los efetos aplica a las edades,  
si no es que dando algún ejemplo quieras  
trocar la edad, oficio y calidades.

Entre las cosas que prometen veras  
no introduzcas donaires, aunque dellos  
se agrade el pueblo, si otro premio esperas.

Los versos han de ser sueltos y bellos  
en lengua y propiedad, siempre apartados  
que en la trágica alteza puedan vellos.

Si te agradare pueden ser llegados  
al satírico estilo, en que tuvieron  
por principio los cómicos osados.

Guarda el decoro que jamás perdieron  
en dar conforme al caso que trates  
el estilo, y el verso, cual hicieron.

Si a rey, legado alguno le enviares  
diferencia el estilo al ordinario,  
que es vicio si a los dos los igualares.

No debes ser en esto voluntario  
sino mirallo bien, porque es defeto,  
y en la comedia nuestra necesario.

Cuando hagas comedia, ve sujeto  
al arte, y no al autor que la recita,  
no pueda el interés más que el sujeto.

Con el cuidado que es posible evita  
que no sea siempre el fin de casamiento  
ni muerte si es comedia se permita.

Porque debes tener conocimiento  
que es la comedia un poema activo,  
risueño, y hecho para dar contento.

No se debe turbar con caso esquivo  
aunque el principio sea rencilloso,  
el fin sea alegre sin temor nocivo.

La comedia es retrato del gracioso  
y risueño Demócrito, y figura  
la tragedia de Eráclito lloroso.

Tuvo imperio esta alegre compostura  
hasta que Tifis levantó el estilo  
a la grandeza trágica y dulzura.

Siguió en nueva invención el propio hilo

añidiéndole ornatos, y enseñando  
a los farsantes, el discreto Esquilo.

Desterró el uso prisco mejorando  
las personas, haciéndolas honestas,  
y a no representar satirizando.

Y no parando su invención en éstas,  
sobre el teatro puso las acciones,  
haciéndolas al pueblo manifiestas.

En efeto enseñó a dotos varones  
el hacer y saber representallas,  
testando las antiguas opiniones.

De aquella suerte la tragedia hallas  
en que las hizo su inventor primero  
aunque algunos osaron mejorallas.

No traspasando el inviolable fuero  
de los actos, y cenas, y el decoro  
de las personas, y el suceso fiero.

Sófocles añadió el lloroso coro,  
lamentando desdichas miserables,  
entre reales púrpuras y oro.

Fueron en aquel tiempo así agradables,  
mas en el nuestro en todo se ha mudado  
si no es en los sucesos espantables.

El maestro Malara fué loado  
porque en alguna cosa alteró el uso  
antiguo, con el nuestro conformado.

En el teatro mil tragedias puso  
con que dó nueva luz a la rudeza  
della apartando el término confuso.

Aplica al verso trágico la alteza  
épica, y dale lírica dulzura  
con affectos suaves, sin dureza.

Con epitetos adornar procura  
tus versos, que al poeta hermostean,  
y al orador ofenden la escritura.

En la tragedia alguna vez afean  
los sucesos contados de otra suerte  
dando ocasión que la verdad no crean,

Y si en este preceto no se advierte  
la Historia en que se funda la tragedia  
se ofusca, y, de lo cierto se divierte.

De fábula procede la comedia  
y en ella es invención licenciosa  
cual vemos en Naharro y en Heredia.

El cómico no puede usar de cosa  
de que el trágico usó, ni (a) un solo un nombre  
poner, y ésta fué ley la más forzosa.

Si quieres que se estime, y que se nombre  
tu musa, y que a las musas dinamente  
te hagan de mortal, inmortal hombre;

hállete el vulgo siempre diferente  
en lenguaje, pues hablan los poetas  
en otra lengua que la ruda gente.

Procura que tus obras, sean secretas  
antes que las divulgues, si no quieres  
que sean a nuevo poseedor sujetas.

Si por la vía hercúlea acaso fueres,  
ten cuenta en una grata que hay en ella  
do Ciso baila a Baco y danza a Ceres.

Del círculo oriental la forma bella  
jamás aquí fué vista la presencia  
ni de su extremidad pudieron vella.

Con otra luz traída con la ciencia  
de un fantástico y nuevo Prometeo  
sienten de Apolo menos el ausencia.

Aquí la lira celestial de Orfeo,  
en menosprecio, con Vulchin consuena;  
Mulcio es Píndaro aquí; Agas, Museo.

Está de voces disonantes llena

del poeta Cleón siciliano,  
que de torpezas ambos orbas llena.

Agido, el que cantó en sermón greciano  
al macedonio príncipe la horrible  
idolatría, con discurso vano,

es quien preside aquí, con el terrible  
y detestable Momo y Zoilo injusto,  
émulos de visible y de invisible.

De aquí digo que huigas, si tu gusto  
no es querer peligrar, probando el daño  
que no reserva al escritor de Augusto.

Si te parece que es consejo extraño,  
mira el efeto bien, y verás cierto  
que ni te lisonjeo, ni te engaño.  
Ni cosa ajena de verdad te advierto.